

A LOS PROCERES Y PADRES DE LA PATRIA

POR JOSÉ VICENTE CASTRO SILVA.

Discurso pronunciado el 19 de julio de 1933 por el M. I. señor Rector Mons. José Vicente Castro Silva con ocasión del homenaje que la Academia de Historia dedicó a los Mártires de la Patria en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Señoras y señores:

Fundados en antigua tradición se reiteran hoy estos ritos que aúnan y encierran en torno de la energía inmortal de las ideas, la liturgia que otrora fue viático de los que agonizaron en el camino de la emancipación, y la vigilante remembranza que consagrais año por año a estos próceres en quienes encarnó el anhelo pujante y altivo de construir la Patria.

Por ellos acabáis de ofrecer a Dios hostias y preces, testimonio inequívoco y firmísimo de que, ya traspuestos al mundo de lo invisible, aún subsisten los lazos que con ellos nos atan. La huesa común que allí en la Veracruz y aquí en el Rosario guarda confundidos sus restos, es solamente un relicario de despojos santificados por las dádivas que prodiga el Hacedor y por las tribulaciones que reparten los hombres; el alma que un tiempo fue vida de ese polvo, rota la coyunda de la mortalidad, se abismó en lo eterno, individualizada y definida por las obras. En la luz de amoroso entendimiento que para ellos habéis pedido, perseveran transfigurados aquel su primer pensar en una liberación que fuera estímulo al mejoramiento de los ciudadanos y palestra donde se afinasen las energías y se multiplicasen los nobles empeños; allá se acendra el afán de justicia que ellos pusieron por fundamento de la paz estable, allá se apura la entereza que no los dejó flaquear ni en los reveses de fortuna ni en los desengaños de la ingratitude; allá se acrisola el desvelo con que estudiaron primero y persuadieron después las normas de virtud que fortalecen la República; allá se sublima el anhelo de esa unión que se nutre de sacrificios para fortificar con prosperidades invencibles; allá se sublima el anhelo de esa unión que se nutre de sacrificios para fortificar con prosperidades inven-

cibles; allá suben los quilates del patriotismo, linaje de caridad que les hizo olvidarse de lo propio para entender en la común y duradera bienandanza; y allá también queda colmado su desinterés, atributo de hombres que nacen para lo alto, viven para lo bueno y mueren dejando en el mundo una herencia de gloria.

Orando sobre la tumba de los próceres esperabais piadosa y firmemente que, limpios de la escoria terrestre, fueran sus almas a ver en Dios la fuente original de esas virtudes que en beneficio nuestro ejercitaron. Vinculado a lo infinito el nombre de los Padres de la Patria, queda ungido por la inmortalidad, y eso es necesario para que su grandeza cotejada con otras no se menoscabe; en los tiempos idos un hijo de fortuna era rey; conquistador puede ser cualquier prepotente codicioso; solamente los libertadores han sido y serán enviados de la Providencia.

El día de hoy, señores académicos de la Historia Patria, habéis enderezado los pasos de este desfile anual y religioso, no a los sitios donde los próceres saborearon el último dolor, sino a esta casa en que la verdad les dio escuela y la fuerza enemiga les fabricó prisión. Ibais otras veces desde la iglesia guardadora de sepulcros hasta los parajes que antaño recibieron desmadejados y rotos los cuerpos de los mártires, y vuestra peregrinación se movía entre la meta de la sepultura y el aparato del suplicio, para sentir en ese fúnebre trayecto el misterioso vaho de eternidad que se levanta de la sangre y de las cenizas de los héroes. Venís ahora a este Colegio, e interpretando vuestros nobles propósitos pienso que buscáis aquí el emplazamiento de las cárceles funestas y en ellas la cátedra superior donde las víctimas de los pacificadores enseñaron patriotismo, no en cláusulas resonantes de proclama, no con sutiles engarces de teorías, mas con la autoridad definitiva de quien se inmola en testimonio a la veracidad de los ideales y a la tenacidad de los intentos.

Gózate hoy, oh viejo Claustro, al acoger a estos ciudadanos memoriosos que te reverencian como hogar de hombres cumplidos y como hospedería final de los caballeros andantes de la República. A muchos los engendraste por la doctrina, a otros los prohijaste en la mazmorra, es tuya la pléyade incontable de los que real o simbólicamente abrigaste en estos muros para que otro día saliesen por la puerta de la fama o por la puerta del dolor a la luz de la Historia y al martirologio de la Patria. Gózate, oh Claustro, porque este concurso viene a recordarte que para ti no se hizo la mancha de la decrepitud, ni la ambigüedad de los destinos: uno sólo te compete: formar juventudes que ilustren la República; mocedad es el material divino en que trabajas. Patria es el criterio que gobierna y el espíritu que urge y espolea las energías que en ti han ido acumulando casi tres siglos de generosa tradición. Con ellos auestas no vas caduco, porque fundamentalmente unido a la vida de la nación, participas de su adolescencia. Oh Claustro antiguo, tus augurios de

leyenda, tus rincones propicios a la evocación, tus aulas y cru-
jías donde debieran pasar vibrando de mente en mente las ideas, los nombres preclaros en que se cifran tus glorias tutelares acendrarán el filtro que te preserve de senectud y decadencia mientras haya juventud ávida de beberlo para encenderse en emulación de los antepasados. Para ti solamente podrían venir los días yertos de la decadencia estéril y de la nivelación por lo bajo, cuando maestros y discípulos abandonarían la tensión reconcentrada y laboriosa del pensamiento honrado, y se abrazaran con el desmayo indolente y el abandono cínico de los que se apacientan en los lotos del olvido!

En vez de ellos aquí os aguarda esta fila de próceres, floración de humanidad privilegiada. Son los mismos por cuya paz perpetua fuisteis a orar cabe el altar de Dios Sabaoth; mayor conformidad quisiéramos entre la ejecución artística y la hermosura moral que representan, por lo cual me pregunté algún día si era decoroso exhibir estas efigies imperfectas, mal trazadas por manos sin pericia, ingenuamente diseñadas, del todo rudimentarias y reñidas con los cánones estéticos. Arte, sabiduría de líneas, animación de los colores, milagros de la perspectiva, vida encarnada en la inmovilidad, eso no lo busquéis en estos retratos que os dan en cambio la certidumbre del amor celoso que a todo trance y en pugna con pinceles ignaros quiso disputar al olvido la imagen de los próceres. Lucha peregrina sublimada por el ansia de transmitir a los venideros un símbolo ejemplar; contraste del afecto y de la impotencia en que al fin y al cabo quedó triunfador el empeño de convertir la materia inerte en memoria parlante.

¿Qué nos dirán estos lienzos que no sea una monición ahincada a proseguir la obra de los hacedores de la República? Monición a mi entender inaplazable en días como éstos que, si no estoy equivocado, mirarán vuestros hijos como una de las etapas decisivas para el desenvolvimiento nacional.

Para esos hijos vuestros, para la juventud presente, habla aquí la voz de los Padres de la Patria que yo trato de interpretar con esta ruin y desmayada mía sincera y fiel como me lo impone el cargo que accidentalmente desempeño. ¿Para quién sino para la juventud puede hablarse en los claustros del Colegio Mayor?

La mocedad de hoy y la de ayer son diferentes. Ayer estaba circunscrita en sus actividades por la sucesión de los estudios y sólo de tarde en cuando se hacía sentir en los sucesos de trascendencia pública y social. Treinta y cinco años atrás las guerras intestinas solicitaron el ardimiento, la bravura desenfadada y la curiosidad temeraria de los jóvenes. Probablemente jamás dejaron de alentar en ellos los épicos furros que fueron menester un siglo ha para desembarazar de enemigos el territorio patrio y faltando estos, las descargaban sin pensarlo en sus



propios hermanos. Pero aquello se desvanecía entre un cortejo de desolaciones y otra vez sonaba en las escuelas eso que San Agustín apellidó en su fogosa adolescencia "la canción odiosa del aprendizaje" y que para nosotros era el preámbulo forzoso y ordenado de la vida. ¿Perdiéronse acaso los ímpetus y arrestos que siempre fueron brillo y presea de los veinte años? No, se guardaron incólumes, y, descontadas las manifestaciones literarias, apenas tuvieron una que otra fulguración de consecuencias, quizás porque el mundo vivía confiado en la estabilidad de lo existente, en un mundo así, toda anticipación suele parecer inepta y subversiva.

Pero un día cambió la faz de la tierra, y cuando se silenciaron las armas después de cuatro años de estrépito letal, el universo fue invadido progresivamente por las ondas concéntricas del sobresalto y la zozobra que acompañan el derrumbamiento de lo que se había juzgado inconmovible. El imperio de la inestabilidad comenzaba y lo único cierto era que el mundo no retornaría a su equilibrio antecedente. Así, cuando el aire avienta las hojas dormidas en el suelo, sólo puede preverse que no volverán a asentarse en su sitio primero. Es la época propicia a la improvisación, al frenesí de la aventura, a las audacias ideológicas, a la novedad de los planes, a la concreción fugaz y en ocasiones violenta de los escondidos ímpetus humanos. Época también de actividad febril, calenturienta, que sin cesar es agotada por sus propios ardores y sin cesar renace por el concurso de las fuerzas nuevas que llama, atrae y subordina a sus intentos con la fascinación de un poderío no sospechado.

Adivináis, sin duda, que las fuerzas nuevas de que os hablo son cabalmente las de la juventud. Y digo "adivináis", porque el fenómeno a que aludo aún está por verse entre nosotros, menos afligidos que la generalidad de los pueblos, por el desconcierto universal. En cambio, a donde quiera que volváis los ojos, desde las tierras del Sol Levante, donde moran culturas enigmáticamente silenciosas, hasta los linderos australes de esta América donde parece guardarse la vitalidad exorbitante del tercer día de la Creación; desde Italia renovadora de los principios imperiales, hasta el Indostán, obediente al ademán cadavérico de Gandhi, por todas partes veréis la preponderante influencia de la juventud en la ejecución de planes y proyectos nacionales. Tumultuosa y delirante a veces, la mocedad ha comprendido en casi todos los países que, llamada como está a coadyuvar en la salud de los pueblos, la influencia que le corresponde no se deriva de la exuberancia anárquica y dispersa, sino del esfuerzo inteligente y concertado.

Salvando las distancias que separan la era general de la independencia, que fue de engendramiento doloroso, y esta era presente, que no puede ser sino de ordenación y desarrollo, yo diría que ese calificativo que doy al esfuerzo de las modernas

juventudes, lo he exprimido de la consideración atenta de la historia y vidas de los próceres. Inteligentes y concertados los admiro en obsequio a la República naciente y a través de las vicisitudes y aun de los errores que sufrieron; e inteligente y concertada quisiera yo que fuera esta adolescencia que mañana u otro día acudirá a ofrecerle a la República, en trance de mejoramiento, el incalculable aporte de los bríos tempranos que el escepticismo no agosta y que el sórdido interés no paraliza.

¡Inteligencia! Palabra resplandeciente, conjuro de grandezas, cifra de aciertos, nota de superioridad que suena en mis oídos como la vibración indefinida de un acero penetrante y templado! ¡Inteligencia que preconizas en sílabas armoniosas aquella "lectura interior" o conocimiento de lo propio, que fue ápice de sabiduría para los griegos, sin la cual ni hombres ni pueblos llegan a hacerse cargo de lo que son y de lo que temen, de su historia y de sus destinos, de sus productos y de sus carencias! O es que la juventud que ahora crece piensa que puede amar la Patria y prosperarla sin conocerla por dentro y sin otra diligencia que ésa, harto descansada y frívola, de juntar en la mente mal zurcidos e inconexos retazos de lo que en otros pueblos diferentísimos, o resultó plausible, o se ensayó ruidosamente. ¡Dios sabe a costa de cuántas calamidades y miserias!

La Patria es grande cuando muestra una personalidad vigorosa, inconfundible y caracterizada, y no será inoficioso advertir que los pocos años de vida independiente que llevamos, lo aprisa que se desvanecieron las tradiciones coloniales, y la pobreza de la civilización indígena anterior, han demorado el orto de la personalidad colombiana y por el mismo caso os han dejado, a vosotros, jóvenes, el mérito, y os han impuesto la obligación primordial de contribuir a fijarla. Para eso la nación os pide inteligencia, y, ay de vosotros, si perdiéndoos en vanos escarceos de palabra o gastándoos en imitaciones tan faltas de apoyo en nuestra realidad como destituidas de razón para lo por venir, cedéis al antojo de favorecer sin escrúpulo el cosmopolitismo disociador y negligente.

Y clamaré otra vez: ¡Inteligencia! Porque estoy persuadido de que esta palabra es una manera de exorcismo poderoso a ahuyentar cierto fantasma que oprime y deshace a nuestra vista una muy considerable porción de las capacidades juveniles.

¿Recordáis aquella moda del Imperio Chino que, para hacer inverosímilmente diminutos los pies de las doncellas, las calzaban desde la infancia con un zapato pequeñísimo del que nunca jamás las libertaban? ¿Y recordáis también cómo los salvajes de no sé qué tribu en este Continente saben encoger y reducir los cráneos de los muertos en proporción de pequeñez increíble? Pues, señores, menos curiosa que esta última invención y mucho más nociva que la otra, es la obsesión de parcialidades, que entre nosotros esteriliza y juntamente apasiona, y por lo mismo,

enceguece a los jóvenes desde sus primeros años. Que haya diversidad de opiniones en este mundo que entregó Dios a las disputas de los hombres, es inevitable y hasta provechoso, visto que no hay quien pueda dominar un problema por todos sus aspectos, ni prevenir todas sus consecuencias; pero que la opinión se asiente sin razones, que persevere sin examen, que se defienda y sostenga con artes vedadas, que desafíe impertérrita las más precisas demostraciones, que vea en la condición del contrario, cualquiera que sea, el único y definitivo argumento para odiarlo a él y vilipendiar su doctrina; que hasta las ciencias exactas y experimentales y el documento histórico haya que verlos a través de las personas y de sus aficiones y preferencias; que no se admita sino con iracundia la discusión sesuda o la divergencia honesta sobre los puntos que dividen entre sí las diversas agrupaciones; eso, todo eso, tal vez pueda explicarse a raíz de una contienda armada, fecunda solamente en lágrimas y sangre. Pero, cuando los años van trayendo una cultura relativa propicia al sosiego de los espíritus, o nuevos y complicadísimos problemas que por fuerza han de apartar los ánimos de las querellas ancestrales, cuando, sobre todo, surgen dificultades y peligros más apremiantes que los que antaño sirvieron de fomento a mutuos y enconados recelos, entonces, ¿no creéis que es tiempo de enderezar los rumbos y rectificar posiciones, y de apelar a la inteligencia para que aniquile odios tradicionales, que se guardaron mucho tiempo como fetiches de tribu y hasta como joyas de familia?

Y llega uno a pensar si no podría la inteligencia hacer entre añosos sistemas el papel de aquellos mediadores prudentes y avisados que arreglan un patrimonio saneado y opulento salvando lo que haya de precioso, de permanente y adecuado, en dos o más acervos tradicionales que guardan al lado de valores inconcusos y de verdades intangibles, algunas diferencias que vinieron a menos, porque ya no responden a los ritmos nuevos y a las urgencias perentorias de la vida!

Mas, para poner todas estas cosas en su punto, son tan incompetentes los ojos nublados por la pasión como las manos guiadas por el interés. Lumbre de pura inteligencia es menester para dilucidar las realidades que darán paz y bienestar a esta tierra, y os digo que sólo cuando la tengamos delante para que nos guíe podremos confiar en que de la juventud de hoy saldrán los próceres y los conductores del mañana, los siempre necesarios artífices de la Patria, orfebres de su decoro y de su fama. No vencieron los israelitas las asperezas de su peregrinación ni arribaron al prometido término, sino cuando Dios les deparó la columna de fuego luminoso y purificador que les abría camino donde dejaba el rastro de sus esplendores rutilantes.

Sé muy bien que ha solido preconizarse como útil y loable la apresurada e inmediata intervención de la juventud en las lu-

chas y encuentros de indole política. Pero advertid que descendiendo a esta liza prematuramente —y en esto como en todo es prematura la pasión que se anticipa al ejercicio de la inteligencia— se corre el grave riesgo de sufrir un vasallaje de inferioridad. La mente, aún no formada, por lo mismo que ignora una multitud de antecedentes y de relaciones, sólo perceptibles a costa de largas experiencias y cavilaciones, se enamora fácilmente de la sobrehoz y apariencia de las cosas, aplaude unas y menosprecia otras, condena éstas y encarece las otras con tanta espontaneidad como ligereza, y con tanta resolución como inocencia. Sobrevienen el cansancio y la inconstancia, que en el fondo de nuestro carácter aparecen como reacción habitual de todo ímpetu fervoroso, y que no teniendo más correctivo eficaz que el dominio austero de las ideas bien razonadas, fuente de equilibrio, de mesura y de firmeza, harán, faltando éstas, que el espíritu desbrujulado aduerma sus incertidumbres con el sedante del donaire o se hunda sin esperanzas ni ambiciones en la corriente del escepticismo que va murmurando en las márgenes de la vida: “¡Todo pasa, todo falla..., todo cansa!”

No puede concebirse la influencia bienhechora de la juventud en el andar de la República sino cuando despojándose de atávicos recelos y de prejuicios recalcitrantes, trata de forjar en la oficina del estudio colección de nociones, sino perpetuo contraste que no es simple colección de hechos y de ideas. Ni penséis que y fecunda comparación de hechos y de ideas. Ni penséis que estos preludios laboriosos pueden sustituirse con estallidos de entusiasmo irreflexivo que arden y menguan con igual presteza, porque, no son sino un derivativo del tedio tropical. No quisiera verlo en esta mocedad, tampoco quiero mermarle prerrogativas para que envejezca antes de tiempo: pretendo solamente que doble la brillantez de los ojos con todo el alcance y penetración de la inteligencia, que sepa conquistar con el espíritu y que se adiestre en el arte de mirar adentro de sí misma y adentro de la Patria.

En otra edad, los hombres, las cosas, las instituciones, los sistemas, las teorías, parecían menos complicados y eran mucho menos fértiles en sorpresas; porque se vivía y se pensaba con notable lentitud. Caba entonces cierta negligencia en el manejo de las ideas y en la educación de las mentes; no así ahora en que un breve espacio basta para que se produzcan transmudaciones y efectos inopinados allí donde todo se tenía por previsto, compasado y circunscrito. Lo que sentiríamos si los objetos que tenemos entre manos adquirieran de pronto naturaleza de explosivos, eso me figuro que ha de sentir esta generación cuando trata los problemas del presente, que son en sustancia los mismos de ayer, y serán también los del futuro, pero que asumen caracteres de increíble trascendencia por virtud de la época en que se hallan emplazados. Ahí tenéis otro motivo, y no liviano, que nos aconseja ser cautos y no adelantar la acción sin estar



apercibidos con las armas de la inteligencia. El garbo y apostura de los años mozos las enaltece y pone en condición de hermosura sin par, como acaeció con muchos próceres; no las reemplaza, sin embargo, y por esto veréis que los helenos buscándole tutela a la República y decoro final al Partenón, alzaron delante del milagroso peristilo, no la estatua de los púgiles a quienes aplaudían en el estadio, sino la de aquel numen, mito de inteligencia arreado para todas las batallas, la armígera deidad, la juvenil Minerva!

Señores:

Por allá en los libros homéricos se describe el rito máximo con que los grandes jefes pretendían encadenar la fortuna, aprendiendo la verdad y descifrando el ciclo advenidero en los oráculos de los antepasados victoriosos. Sobre un surco fatídico inmolaban víctimas copiosas y al levantarse de la tierra, como un aliento vivo, el cálido vapor de la sangre vertida, se tenía por cierto que acudían los inmortales a recibir la ofrenda y a conversar con los humanos.

Probable es que penetrando el misterio de esta arcaica observancia, hallemos patente el imperativo tradicional que nos fuerza a buscar en el ejemplo y en la sabiduría de los que nos precedieron el punto de apoyo y la piedra de toque que han menester las hazañas ulteriores para ser venturosas. Pero los griegos me darán licencia para ensanchar el símbolo y ver con vosotros en la inmolación de las víctimas y en el humear de la sangre, la imagen del sacrificio que debe emancipar a la República, de la insensatez, del egoísmo y la codicia, de la discordia, nodriza y maestra de crueldades, y de la ignorancia de lo justo, que atosiga a los pueblos con el prejuicio torpe y con la pertinacia criminal. Solamente así podremos conciliarnos la mirada benigna y alentadora de los próceres.

EL COLEGIO DEL ROSARIO, CUNA DE LA REPUBLICA

POR ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

Entre los muchos títulos que adornan al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y le dan un puesto entre los insignes Institutos de la América Española, uno de los más envidiables es el que por consenso unánime se le ha otorgado de Cuna de la República

¿Cómo y por qué merece nuestro Colegio este magno calificativo? ¿Qué relación tiene con el carácter tradicional de ese Instituto que surgido en los tiempos coloniales, se ofrece como un faro que irradia su luz potente sobre la oscuridad del porvenir?

Hay grandes hombres que son como la síntesis de una edad que termina: tienen la vista vuelta hacia lo pasado, todas las raíces de su pensamiento y de su corazón se hunden en lo que fue y está a punto de desaparecer. Otros, firmemente arraigados en su época, tienen la vista dirigida hacia lo futuro; presienten lo que va a nacer; y se hacen, hasta cierto punto, contemporáneos de una edad que no alcanzarán a ver con sus ojos mortales, pero que han entrevisto con la intuición del genio. De éstos es Fray Cristóbal de Torres.

Este "verdadero discípulo de la doctrina del angélico doctor Santo Tomás", como lo apellida el gran Quevedo al dedicarle, con suma reverencia, su ascético tratado de *La cuna y la sepultura*, era un verdadero magnate del Renacimiento, uno de esos Mecenas de las ciencias y las artes, que honraron al episcopado español. Porque cuando se habla de las caudalosas rentas de que disfrutaban los altos dignatarios de la Iglesia, es bueno recordar que frecuentemente se gastaron en servicio de la patria y de la cultura. Durante la Edad Media solían emplearse en la obra redentora de la Reconquista, en poner valla a la invasión musulmana, que sin la heroica resistencia de los cristianos españoles, habría podido destruir la civilización cristiana y europea. En la célebre batalla de las Navas de Tolosa al lado del



monarca estaba el Arzobispo de Toledo Jiménez de Rada. Pero estas luchas constantes no amenguaban el interés por la cultura. El Arzobispo Don Raimundo, titular de la sede toledana y Canciller del Emperador Alfonso, fundó el célebre colegio de traductores orientales, iniciativa, que según Renán, "tuvo influencia decisiva sobre los destinos de Europa". En los umbrales del Renacimiento se levanta la austera figura del gran Cardenal Cisneros, que consagró sus rentas a hacer de la Universidad de Alcalá un emporio del saber, un santuario del humanismo y que fue un insigne protector de las ciencias y las artes, a cuyo patrocinio se debieron publicaciones como la inmortal de la Biblia poliglota, en la cual se imprimió, por primera vez, el texto griego del Nuevo Testamento.

De la madera de estos grandes Prelados era Fray Cristóbal de Torres, protector de los indios, amigo de la juventud estudiosa. Pensando en lo por venir, hizo construir un magnífico claustro, que sin duda debió parecer desproporcionado para una ciudad pequeña como Santafé; y que hoy mismo ofrece ancho campo a la república estudiantil que lo puebla. Dotó al Colegio de propiedades y rentas con largueza de príncipe; y quiso que allí se formase una juventud hidalga, según la mente de Santo Tomás de Aquino, en lo filosófico; según los adelantos de la ciencia en todos aquellos campos que Dios entregó a las libres disputas de los hombres. Y organizó su colegio, no bajo el régimen de una monarquía absoluta, sino de una forma democrática y republicana, que practicada fielmente por siglo y medio, debía dar, en los comienzos de la centuria pasada, frutos de libertad e independencia. ¿Tuvo acaso, el señor Torres, alguna intuición genial del futuro destino del país? ¿Entrevió, con su perspicacia de hombre superior, la hora lejana en que esta colonia, como las demás de América, llegarían, por el curso natural de los hechos, a adquirir conciencia de sí misma y a reclamar una vida autónoma e independiente- ¡Quién puede saberlo! Lo cierto es que entre los que echaron los cimientos de la nación colombiana, debe contarse ese fraile dominico, que debajo de la púrpura prelatia, vestía el hábito blanco de la Orden que con más energía propugnó el Tribunal de la fe.

Así que al estallar los primeros movimientos de emancipación, los hijos del Colegio del Rosario acudieron presurosos a ofrecer su sangre por la patria. Recibió entonces el claustro secular otra consagración gloriosa, la del martirio. La sangre generosa que corrió entonces en los campos de batalla y en los patibulos del Pacificador, ungió para siempre estos muros, haciéndolos sagrados. La República hubiera debido otorgar al Instituto de Fray Cristóbal la medalla del heroísmo, en memoria de tantos hombres ilustres que sacrificaron su vida por la patria. A varios de ellos los albergó en su seno, hasta el último instante, a manera de madre que quiere calentar en su regazo al niño moribundo. ¿Quién puede subir la escalera principal del claus-

tro, sin recordar que por allí mismo descendió, embargado de trágica emoción, para la **larga y negra partida**, el gran Caldas, llevando en su cerebro un mundo que pocos instantes después iban a volver pedazos las balas españolas? Recuerdos de esta clase elevan y fortifican el espíritu; son una lección permanente de heroísmo y de virtud y comprometen a cada nueva generación para no mostrarse indigna de la que le dejó tan altos ejemplos para eterna imitación y memoria.

Es tan grande el enlace que existe entre el Colegio del Rosario y la obra emancipadora, que hasta en la iniciación del movimiento revolucionario en el Nuevo Reino de Granada, figura el nombre de un hijo del Instituto. Nuestro actual Rector ha puesto en claro que don Antonio Morales, el que dio origen al alzamiento el 20 de julio de 1810 con el bofetón dado al español Llorente, había sido estudiante del Colegio Mayor. Ese bofetón simbólico continuó resonando en el país, en medio de las vicisitudes de aquellos tiempos calamitosos, hasta encontrar su eco final en el cañoneo de Boyacá, que fue la salva triunfal de la independencia de Colombia.

Y esta tradición patriótica se ha perpetuado. El varón insigne que mereció ser llamado el segundo fundador del Colegio del Rosario, porque en una labor de más de treinta años lo restauró espiritualmente, llevaba sangre de próceres en las venas y mantuvo encendida la lámpara de la gratitud y de la veneración ante el ara de los mártires de la patria. Bolívar y Nariño recibieron el homenaje de su palabra elocuentísima. En la conmemoración del primer centenario de la proclamación de la independencia tuvo el Colegio del Rosario puesto preeminente. Monseñor Carrasquilla hizo en Lima, con majestad de prelado romano, el elogio del Héroe de Colombia. Y tan seguro estaba de ser fiel al espíritu de Fray Cristóbal, que quiso que la efigie de éste presidiese los festejos en homenaje a la libertad, y con la cooperación de todos los hijos del Rosario, levantó en el centro del patio principal la hermosa estatua, en cuya inauguración llevó la palabra el doctor Nicolás Esguerra, otro gran patriota y orador insigne, que agregó un nombre más a la lista de ilustres rectores del Colegio.

La antorcha que mantuvo en alto Monseñor Carrasquilla ha pasado dignamente a las manos del actual, ilustre Rector, heredero de su alta elocuencia, de su amor a las letras y de su entusiasmo patrio, como lo demuestra el hecho de que, por obra suya, la nota más alta que se dio en Colombia en la reciente conmemoración centenaria de la muerte del Libertador, no resonó en la plaza pública, sino en el recinto de la Catedral de Bogotá.

Cuando se frecuentan los claustros del Rosario (y el que esto escribe lo ha hecho habitualmente desde hace más de cuarenta años), se comprende que el Espíritu de Fray Cristóbal de

Torres sigue presidiendo la marcha de su amado Instituto. Su estatua no se encuentra aislada en medio de las generaciones juveniles. Entre ella y sus nuevos hijos puede entablarse a todas horas un diálogo mudo, pero elocuente, sin que sea óbice para que se entiendan fácilmente la distancia de siglos que separa al fraile español del siglo XVII de la juventud del siglo XX. Los muertos tienen derecho a mandar, cuando en su palabra y en su acción hubo gérmenes fecundos de progreso y de vida.

MEMORIAL DE AGRAVIOS

POR CAMILO TORRES

Colegial de Número, Vicerrector y doctor en Jurisprudencia del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Señor: Desde el feliz momento en que se recibió en esta capital la noticia de la augusta instalación de esa Suprema Junta Central, en representación de nuestro muy amado Soberano, el señor don Fernando VII, y que se comunicó a su Ayuntamiento, para que reconociese este centro de la común unión, sin detenerse un solo instante en averiguaciones que pudiesen interpretarse en un sentido menos recto, cumplió con este sagrado deber, prestando el solemne juramento que ella le haba indicado; aunque ya sintió profundamente en su alma que, cuando se asociaban en la representación nacional los diputados de todas las provincias de España, no se hiciese la menor mención, ni se tuviesen presentes para nada los vastos dominios que componen el Imperio de Fernando en América, y que tan constantes, tan seguras pruebas de su lealtad y patriotismo acaban de dar en esta crisis.

Ni faltó quien desde entonces propusiese hacer esta respetuosa insinuación a la soberanía, pidiendo no se defraudase a este Reino de concurrir por medio de sus representantes, como lo habían hecho las provincias de España, a la consolidación del Gobierno, y a que resultase un verdadero cuerpo nacional, supuesto que las Américas, dignas, por otra parte, de este honor, no son menos interesadas en el bien que se trata de hacer y en los males que se procura evitar; ni menos considerables en la balanza de la monarquía, cuyo perfecto equilibrio solo puede producir las ventajas de la nación. Pero se calló este sentimiento, esperando a mejor tiempo, y el Cabildo se persuadió de que la exclusión de diputados de América, solo debería atribuirse a la urgencia imperiosa de las circunstancias, y que ellos serian llamados bien presto a cooperar con sus luces y sus trabajos, y, si era menester, con el sacrificio de sus vidas y de sus personas, al restablecimiento de la monarquía, a la restitución del Sobe-

